

El periodista, escritor e historiador venezolano Arturo Uslar Pietri, habló sobre “El periodismo en tiempos de crisis”, durante la Asamblea 51 celebrada en octubre de 1995 en Caracas, Venezuela.

ARTURO USLAR PIETRI

Yo considero que esta reunión ocurre en un momento sumamente importante. El mundo está atravesando una época de crisis inmensa, de mucho cambio, de inmensa transformación, de la que la mayoría de los hombres no nos damos cuenta sino muy parcialmente y de la que va a emerger un mundo muy distinto a aquel que conocimos y vivimos en la mayor parte de este siglo y para cuyo nuevo escenario no estamos debidamente preparados.

América Latina simultáneamente está atravesando una época de grandes transformaciones que implican rectificaciones, enmiendas y cambios sobre muchos de los conceptos sobre los cuales ha vivido desde la independencia y particularmente desde el comienzo de este siglo. Se reúnen ustedes ahora precisamente en Caracas, en el momento en que este país atraviesa una de las más graves crisis de su historia, que afecta todas las formas de la vida nacional.

De modo que es una época de amplia, de inmensa y de variante crisis.

Digo yo que el papel del periodismo y del periodista --y cuando digo el periodista no me refiero solamente a la prensa escrita sino a todas las formas de comunicación social-- se ha hecho muy exigente, muy difícil y muy complejo ante el inmenso cambio de escenario mundial.

Podríamos decir, sin exageración, que los parámetros sobre los cuales la humanidad se organizó, se reconoció y trazó sus rumbos en los últimos cincuenta años, han cambiado radicalmente. Estamos ante un mundo, no diría nuevo, pero sí desconocido. Un mundo que nos está revelando fases que no veíamos y conocíamos y del que han desaparecido muchas de las referencias más cómodas y simples que nos permitían situarnos ante él.

Para empezar, ha desaparecido la guerra fría. Ese es un acontecimiento de una importancia y unas consecuencias que no podemos ni siquiera todavía vislumbrar.

Dentro de veinte o treinta años podremos apreciar lo que significó esta inmensa ruptura.

La humanidad entera vivió cincuenta años bajo la sombra del temor del holocausto nuclear.

Ese mundo era amenazante. Sobre él pendía el riesgo continuo de desembocar en una guerra nuclear que hubiera podido destruir no solamente todas las formas de civilización sino gran parte de las formas de la vida. Hubiera sido una catástrofe planetaria.

Pero ese mundo representaba un orden y ese mundo era comprensible, era explicable, abarcable y era muy sencillo colocarse ante él. La guerra fría era un orden terrible y amenazante, pero un orden mundial. El último orden mundial que la humanidad ha conocido.

Cada país sabía donde colocarse, cada grupo político en el mundo sabía el horizonte en que podía moverse; las opciones eran claras, tajantes y eso aseguraba una situación tensa y peligrosa pero estable y hasta cierto extremo segura.

Muchas veces se pensaba que la única salida que tenía esa situación de tensión bipolar en el mundo sería una monstruosa y casi final guerra mundial que terminara con la civilización en el mundo. Sin embargo no sucedió así. Ese inmenso enfrentamiento, esa situación que dividía tajantemente al mundo en dos mitades, se derrumbó sola, se desintegró sola, desapareció sola, sin un disparo, sin un acto de violencia, ante el asombro unánime de la humanidad entera, incluyendo los dirigentes de los propios países más involucrados.

La caída del muro de Berlín, para referirnos a uno de los sucesos típicos de ese proceso, es uno de los acontecimientos más extraordinarios de la historia universal.

Un orden del mundo que parecía establecido por mucho tiempo y que regía todas las relaciones internacionales desapareció en horas.

La esperanza; la creencia, la fe en que vendría otro orden mundial, que sería más justo, más humano, más pacífico, más creativo y estaría limpio de los pecados que nuestra civilización ha acumulado en su experiencia histórica. Ese gran credo, que movilizaba, como todos los credos, de una manera imperfecta a inmensas masas humanas, desapareció de pronto.

La crisis ideológica es tan grande, y de consecuencias tan inmensas, como la desaparición de la Unión Soviética, como potencia mundial y como la desaparición del orden que representaba la guerra fría.

No era difícil, era riesgoso, como siempre lo ha sido, ser periodista en tiempos de la guerra fría. Se sabía donde estaban las noticias. Se sabía donde pasaban las cosas. Se sabía cuáles eran las alternativas, cuáles eran los riesgos, las posibilidades. Había un claro cuadro de referencia de su desaparición. Desapareció de pronto y bruscamente y los hombres estamos en el mayor desvalimiento. Y con eso desapareció el gran mito de la revolución mundial, que en gran parte era uno de los resortes que sostenía la marcha del mundo en pro o en contra y hemos desembocado en un mundo que no conocemos bien, habitado todavía por fantasmas del pasado.

En estos mismos días en la ciudad colombiana de Cartagena está reunida la Conferencia de los No Alineados. Yo digo que es casi un hecho surrealista, es un fantasma que aparece de pronto: ¿No alineados con quién? ¿No alineados contra quién? ¿No alineados para qué? Eso revela hasta qué extremo venimos con conceptos

y visiones del mundo que ya no tienen sitio ni efectividad en este mundo nuevo que ha surgido y que no vemos.

De modo que esa es la responsabilidad del periodista. ¿Quiénes nos van a explicar este mundo que está surgiendo? Los filósofos, los pensadores, sin duda lentamente. Saldrán explicaciones, doctrinas, teorías, pero quienes tienen que decirnos qué es lo que está pasando y decírnoslo de la manera más fidedigna y efectiva, quiénes tienen que darnos los datos del extraño mundo emergente en que hemos caído son los periodistas.

De modo que la responsabilidad del periodista se ha hecho inmensa y se ha hecho insustituible. Yo diría sin exageración que es más grande que la de los políticos en este momento. Que es más grande que la de los ideólogos sin duda alguna, que están en el mayor descrédito y desposeídos de lo que podían ser sus temas y sus explicaciones y no nos quedan más que esos hombres que nos dicen qué está pasando, dónde está pasando y cómo está pasando, para que con esos actos de rompecabezas nosotros tratemos de componer una imagen del mundo que nos permita situarnos, pues la gran angustia que tenemos es que textualmente no sabemos donde estamos parados.

Las tendencias que han surgido por ese gran vacío son múltiples y muy variadas.

Hubo, desde luego, la gran crisis ideológica y la desaparición de esas ideologías dominantes. Ha aparecido triunfante la economía de mercado, y con razón porque si uno se pone a pensar quién derrotó a la Unión Soviética, llega a la conclusión de que no fueron las fuerzas militares de la OTAN las que la derrotaron, que no fue la más hábil política internacional del bloque occidental la que la deshizo y derrotó. La Unión Soviética se derrumbó porque en su sistema no pudo mantener la competencia que adora de riquezas de un viejo hecho histórico que era la economía de mercado. No es un nuevo sistema político, es la más vieja forma que viene de la Edad Media, de transacción e intercambio entre los hombres.

Es poca cosa pero muy significativa y muy importante, y nos cuesta trabajo reconocerlo.

En este mundo, por ejemplo, existen en este momento dos tendencias contradictorias muy claras. Una tendencia a la globalización económica. Es muy poderosa. Las grandes potencias que subsisten en el mundo de hoy, y no solamente las grandes, están convencidas de que se va hacia una globalización cada vez mayor de la economía mundial. Que el tiempo de las autarquías, que el tiempo de los nacionalismos económicos, ha pasado y que tenemos que ir hacia grandes formas nuevas, peligrosas, riesgosas, en que las funciones económicas tendrán una dimensión global.

Eso está caminando todos los días ante nuestros ojos, pero simultáneamente está sucediendo por efecto del fin de la guerra fría y de la bipolaridad, lo que

pudiéramos llamar también y que, en otro aspecto es muy grande, la fragmentación política del mundo.

El mundo se está fragmentando políticamente. Desapareció la Unión Soviética. La Rusia que la ha sustituido no sabemos todavía qué consistencia tenga. Desapareció la Europa Occidental, desaparecieron las organizaciones clientelares y dependientes de la guerra fría. Han resucitado los más viejos credos, las más viejas creencias, las más viejas lealtades, los fundamentalismos religiosos. Todo eso es una desesperación de buscar de qué agarrarse, de qué valerse.

De modo que es un mundo peligroso y confuso, en el que la más grande necesidad que hay es la necesidad de información fidedigna y cierta. Y esa información fidedigna y cierta que es la que puede permitirnos orientarnos en la inmensa confusión del presente, los encargados de servirla, son los periodistas. Es necesario y el mundo necesita que los periodistas se pongan del tamaño de ese inmenso desafío y de esa aterradora tarea.

Simultáneamente estamos en un país latinoamericano. América Latina está atravesando igualmente un grave proceso de transformación y de principio. Hace pocos años surgió la esperanza contra una vieja tradición nacionalista, de internación del desarrollo económico. De un mito nacional surgió la idea de una apertura económica. Era una idea justa, era una idea sólida, era una idea válida.

Y surgió el ejemplo de México. Creció México de un modo espectacular y entró en la NAFTA, con Canadá y Estados Unidos. Parecía despertarse un nuevo tiempo, una nueva manera, unas nuevas posibilidades y de pronto sucede el *crash* que ocurre en México. Sucede la inesperada crisis, que hace pensar que el proceso de modernización de nuestros pueblos no se limita a liberalizar la economía, sino que tiene que ir más adentro y más atrás y más profundamente. El efecto de la crisis mexicana se ha extendido a todos nuestros países que en este momento con distintos grados confrontan esa situación.

De modo que necesitamos también noticias de la América Latina. Necesitamos saber qué está pasando, qué se prepara, cómo reaccionan nuestros pueblos frente a esa nueva situación. No se puede regresar al pasado, porque el mundo entero va en otro rumbo, va hacia la globalización.

Pero al mismo tiempo no podemos instalarnos en la crisis perpetua, en la inseguridad perpetua, en la falta de objetivos claves y precisos compartidos por las mayorías nacionales de todos los países.

Está también en crisis la América Latina. Por lo tanto, no hay en estos momentos ideólogos que nos puedan vender las fáciles ideologías del pasado. No tenemos mucho a donde regresar y tenemos que hacer un gran esfuerzo para saber finalmente quiénes somos, dónde estamos y qué podemos hacer y es ahí, vuelvo a decir, donde los hombres de la prensa en su concepción más amplia tienen un papel insustituible.

Háblennos de América Latina. Dígnanos lo que está pasando, dennos el panorama más fidedigno para ver si podemos encontrar dentro de esa cerrazón amenazante los rumbos claros, los esfuerzos precisos para salir de ello.

Está también reunida esta Asamblea en Venezuela, nación que atraviesa una de las más graves, si no la más grave crisis económica, política, social, cultural y moral de toda su historia.

Es una crisis amenazante. A la sombra de la inmensa riqueza petrolera en manos del Estado venezolano, Venezuela sufrió en los últimos veinte o treinta años una deformación gigantesca.

Con esa inmensa riqueza entre los años 1973 a 1989, Venezuela debería ser la envidia de América Latina, ser el país con el desarrollo más estable, con los mejores servicios, con la sociedad más madura, con la mejor educación, con la mejor salud, con las mejores comunicaciones, y está sumida en una inmensa crisis, pues con esa inmensa riqueza en lugar de hacer una nación hicimos un Estado monstruoso que reemplazó a la nación, que devoró a la nación, que sustituyó a la nación y que creó un tipo de gobierno clientelar y paternalista, guiado en vagas ideas revolucionarias, que llevó a la monstruosidad de que en Venezuela la nación vivía del Estado, cuando en todas partes del mundo el Estado vive de la nación.

Esa fórmula paternalista, esa fórmula de dádiva, que hizo del país un país parasitario del Estado y el Estado un parásito del petróleo, se derrumbó cuando bajó el precio del petróleo en los mercados mundiales.

No es posible continuar, No es posible regresar. Venezuela tiene que hacer inmensas, dolorosas y difíciles rectificaciones para volver a replantear a la luz de su inmensa riqueza petrolera posibilidad de hacer ahora lo que no supo hacer antes: hacer una nación desarrollada, estable, democrática, libre y próspera.

De modo que también hay noticias que dar de Venezuela. Hay que ayudar a los venezolanos a entender la inmensa crisis en que están y admitir que existen caminos de salida evidentes. Que el país sigue siendo fundamentalmente muy rico, pero que para salir requerirá enmiendas y rectificaciones costosas, difíciles, crueles que requerirán una inmensa resolución nacional de sobrevivencia y de salvación que nos asegure desembocar en el mañana al que tenemos derecho.

Es ante este panorama que digo que hoy más que nunca la función del periodismo es grande. En nuestro país en esta hora están en crisis los partidos políticos, están en crisis por efecto universal las ideologías. En cambio ha brotado a la luz del público la inmensa importancia de los medios de comunicación. Lo que el venezolano hoy piensa, lo que dice es lo que recibe en los medios de comunicación.

De modo que los periodistas venezolanos han asumido, quieran o no, sepan o no, una inmensa responsabilidad. Espero que despierten a ella, resistan las tentaciones fáciles que ese poder transitorio les da y entiendan que lo primero es hacer un gran

esfuerzo para que los venezolanos sepan qué es lo que está sucediendo y lo que podemos hacer.

Es decir, volviendo al comienzo, son los periodistas los que pueden decirle al mundo dónde estamos y qué podemos hacer, los que pueden decirle a la América Latina dónde está y lo que puede hacer, y los que pueden decirle a Venezuela dónde está y lo que puede hacer.

No es pequeña tarea. Es exigente, grande y digna y requiere mucha vocación de sinceridad y de comprensión y la renuncia a muchos mitos y creencias fáciles.

Estas eran las cosas que quería traer a la reflexión de ustedes para decirles el inmenso valor que le doy a esta reunión en esta ciudad en esta hora de la América Latina y del mundo.

Esperamos mucho de ustedes. No nos defrauden.